



Capítulo 440: ¿Hablando a mis espaldas?

La puerta del laboratorio se abrió con un suave silbido y el sonido constante de los pasos resonó en la habitación. Seris entró con su postura habitual — recta, tranquila, pero con la mirada aguda de alguien que siente que algo anda mal.

Su mirada cayó inmediatamente sobre Pandora, sentada en el suelo con la respiración entrecortada, los ojos todavía abiertos y las manos temblando sobre las rodillas. Sus labios estaban separados y su piel estaba cubierta de sudor frío. Los cristales que la rodeaban temblaban como si algo en ellos todavía estuviera tratando de procesar lo que había sucedido.

"... ¿Qué pasó aquí?" Preguntó Seris, con los ojos moviéndose de Pandora a Vergil, buscando respuestas.

Virgilio, todavía sentado en posición de loto en el centro del círculo, miró hacia arriba con su fría serenidad natural. El Excalibur reforjado ahora se apoyaba contra la pared y su hoja estaba en silencio.

"Nada mucho," respondió con calma. "Yo solo... le di un susto."

Pandora giró la cabeza hacia él con una mirada que casi gritaba: '¿Nada mucho?'

Seris frunció el ceño pero no se movió. "Virgilio..." Su tono era más firme. "Eso no suena sólo como un susto."



Pandora abrió la boca para hablar, pero Virgilio la miró —sólo una mirada, cargada de significado. No había ninguna amenaza allí, sólo un recordatorio silencioso de lo que habían acordado hace segundos: "Nadie puede saberlo"

Pandora cerró lentamente la boca. Todavía jadeante, pasó su mano sobre su frente sudorosa y trató de recomponerse.

"Fui... tonta", dijo, forzando una sonrisa nerviosa. "Intenté leer su alma directamente, sin protección. Fue... demasiado a la vez. Ya sabes cómo es él."

Seris cruzó los brazos, poco convencida. Sus ojos se movieron entre los dos, como si buscara grietas en esa fachada improvisada.

"No es alguien a quien entiendas a primera vista", añadió Pandora, con la voz más baja ahora.

Vergil se levantó tranquilamente, rodando los hombros y crujiendo el cuello. Su presencia llenó la habitación de una manera que parecía... diferente. Más pesado. Como si algo acechara detrás de su piel. Como si las dos emperatrices todavía lo estuvieran observando desde algún lugar.

"Ella sólo necesita descansar," dijo. "Ella se esforzó demasiado. Ya se acabó."

Seris se acercó lentamente a Pandora y le ofreció la mano. El alquimista dudó, luego lo tomó y se puso de pie con dificultad.

"¿Estás realmente bien?" Seris preguntó en voz baja, sólo a Pandora.



Pandora simplemente asintió, pero su mirada delataba lo que realmente sentía: un peso indescriptible. Miedo. Fascinación. Confusión. Vergil le había mostrado algo que nadie debería ver jamás.

Y ella sabía que, a pesar de todo, todavía quería entender. Ella todavía quería saber más.

Pero en ese momento se lo tragó.

"Estoy bien. Simplemente... exhausto."

Seris dejó escapar un ligero suspiro y la acompañó hasta la salida de la habitación, pero antes de cruzar la puerta, miró por última vez a Vergil.

"Sabes que un día alguien verá lo que estás ocultando."

Vergil no respondió. Simplemente bajó los ojos en silencio, como si esa verdad ya estuviera escrita en piedra dentro de él.

Seris y Pandora se fueron y la puerta se cerró.

Dejado solo, Virgilio se volvió lentamente hacia Excalibur. Todavía pulsaba con esa energía divina, como si hubiera sido hecha para juzgar reyes... o monstruos.

Colocó su mano sobre la empuñadura de la hoja y luego la absorbió nuevamente en sí mismo.

Virgilio permaneció en silencio por un breve momento, con la mano en la empuñadura del Reforjado Excalibur. Sus dedos lo rodeaban con tanta



naturalidad como un guerrero se pone su segunda piel. En un suave flujo de energía, la espada desapareció en partículas doradas, fusionándose nuevamente con el centro de su pecho con un brillo sutil.

Exhaló lentamente, como si el peso de todo ya no estuviera sobre sus hombros, sino todavía presente—disuelto, nunca olvidado.

Luego se puso de pie.

Los pasos que lo llevaron a la salida del laboratorio fueron firmes y silenciosos. Cada pasillo por el que pasaba parecía inclinarse ligeramente ante su presencia — las puertas se abrían solas y el aire se ajustaba a su presión. Su capa ondeaba detrás de él con gracia espectral, y sus ojos, ahora más oscuros de lo habitual, buscaban un solo foco: Alicia.

Siguiendo el flujo de energía mágica familiar, Virgilio cruzó los niveles de la fortaleza hasta llegar a una de las grandes salas de práctica mágica. El suelo estaba cubierto con marcas rúnicas recién dibujadas, formando complejos sellos de canalización. Las paredes parpadeaban con portales inestables que se abrían y cerraban en secuencia.

En el centro de la habitación, Alice estaba de pie con las manos levantadas y los ojos medio cerrados y concentrados. A su lado, con la paciencia de una antigua maestra, Morgana observó. Hizo pequeños gestos con la mano, guiando a la niña a través del proceso de dar forma a los portales de alta escala.

"Concéntrate en el destino", dijo Morgana, con la voz baja pero firme. "No pienses en el camino. Piensa dónde quieras estar. El resto... es simplemente magia obedeciendo tu voluntad."

El aire alrededor de Alicia se retorció y un portal azul claro comenzó a abrirse, temblando. Apretó los dientes, sintiendo la presión en el centro de



la frente, tratando de mantener el flujo. Pero en el último segundo, el sello se derrumbó y las chispas se esparcieron por toda la habitación.

"Ugh..." Alice se estrechó la mano, liberando el exceso de energía. "Casi."

"Casi es un buen comienzo", dijo Morgana, sonriendo levemente. "Tienes talento natural. Pero tu concentración todavía divaga cuando piensas demasiado."

En ese momento, Vergil se acercó a la entrada de la habitación. Morgana lo notó primero y su expresión cambió ligeramente a algo más analítico. Alice no lo vio —todavía respiraba profundamente, tratando de recuperar el aliento.

Virgilio cruzó los brazos y observó en silencio durante unos segundos. Él no interrumpió. Había algo en ese momento —la chica esforzándose, tropezando, levantándose, intentándolo de nuevo— que le trajo una extraña calma. Un recuerdo de lo que no le habían permitido hacer.

Alicia entonces sintió la presencia. Ella se giró instintivamente y sus ojos se abrieron cuando lo vio allí.

"¡Vergill!" Ella casi corrió hacia él, pero se detuvo a mitad de camino, recordando lo que estaba haciendo. "¡I—I—Casi tengo un portal estable!"

Sonrió levemente, con la cabeza inclinada. "Ya lo vi. Lo estás haciendo bien."

Morgana se acercó con los brazos cruzados. "Ella es prometedora. Más aún cuando ella no intenta complacerte todo el tiempo."



Alicia hizo una mueca. "No lo estoy intentando..." Pero ella no terminó la frase.
Ella sabía que lo era.

Vergil se acercó a ella y se inclinó para mirar a la niña a los ojos. "Sigue trabajando con Morgana. Aprende todo lo que puedas. La teletransportación a gran escala es inestable, incluso para los veteranos. Y tú... todavía eres pequeña."

Alice hinchó las mejillas molesta, pero luego asintió.

"Te vas de nuevo, ¿no?" ella preguntó.

Virgilio dudó un segundo. Luego asintió. "Necesito encargarme de algunas cosas. No tardaré mucho."

Alice miró hacia abajo, pero intentó ocultarlo. "Está bien... ¿Pero prometes que volverás?"



Él le extendió su dedo meñique. "Lo prometo."

Alice sonrió y entrelazó la suya con la de él. "Entonces vete. Me quedaré aquí y entrenaré hasta que pueda cruzar a Japón cuando quiera."

Virgilio se levantó y apoyó su mano sobre su cabello por un segundo, con un afecto poco común. Luego se volvió hacia Morgana.

"Cuídala."

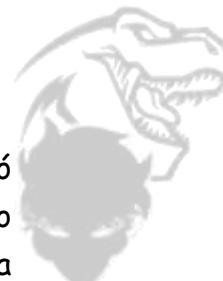
Morgana asintió. "Siempre."



Sin decir una palabra más, Virgilio caminó hacia la puerta. Detrás de él, Alice regresó al centro del círculo rúnico, decidida, y Morgana reanudó sus instrucciones.

Tan pronto como Vergil salió de la habitación, el sonido de un nuevo portal comenzó a formarse detrás de él —todavía inestable, pero más sólido que antes.

La sala donde Katharina, Ada y Roxanne discutían estaba sumida en un denso silencio, interrumpido únicamente por palabras agudas y sonrisas veladas por el sarcasmo. Estaban reunidos alrededor de una mesa adornada con mapas mágicos y registros antiguos —hablando en susurros tensos, como si estuvieran tramando algo, o al menos especulando sobre la figura ausente de Virgilio.



Katharina, con su elegancia natural y sus ojos dorados semicerrados, analizó una línea de poder en el mapa. Ada, reclinada en una silla con una copa de vino en la mano, simplemente escuchó, el brillo en sus ojos delataba cuánto estaba disfrutando de la dirección que estaba tomando la conversación. Roxanne, por otro lado, parecía más impaciente y golpeaba con los dedos el respaldo de la silla.

"Él siempre desaparece," murmuró Roxanne. "De la nada. Como un fantasma."

"O un dios", añadió Ada con una sonrisa torcida. "Del tipo al que le gusta observar antes de actuar."

"Él piensa que es intocable, sólo porque lleva la mitad del infierno y un pedazo de cielo dentro de él," bromeó Katharina, arqueando una ceja.



Un destello repentino atravesó el aire. El sonido de algo desgarrándose en el espacio.

"Me encanta cuando hablas de mí a mis espaldas", dijo una voz cargada de ironía y encanto provocativo.

Los tres se giraron instantáneamente.

Virgilio estaba allí—de pie en la puerta del pasillo, con las manos en los bolsillos, los ojos medio cerrados y una sonrisa peligrosa curvando sus labios. Su capa se ondulaba lentamente, como si obedeciera a su presencia más que al viento.

"Pero si quieres algo..." continuó, dando unos pasos hacia la habitación con esa calma deliberada, con la voz firme como si tuviera el control total de la situación, "...solo pregunta."



La sonrisa provocadora que acompañó sus palabras fue casi cínica.

Ada soltó una risa baja, llevándose la copa a los labios. "Mira, el espíritu ha aparecido."

"Al menos ahora sabemos que estás escuchando", dijo Roxanne cruzando los brazos.

Katharina simplemente lo miró fijamente. Sin palabras al principio. Sólo mirando. Luego sonrió levemente.

"Sabes que hablamos de ti porque nos importa."



Virgilio se acercó a la mesa, apoyó una mano sobre ella y se inclinó ligeramente hacia adelante, mirándolos a los tres como si lanzara un desafío silencioso.

"Si vas a planificar a mis espaldas, al menos hazlo bien. Sois tres de las mentes más peligrosas de este mundo, pero actuáis como adolescentes celosos en un baile."

Ada levantó una ceja. "Y te encanta."

Virgilio no lo negó. Él simplemente sonrió más profundamente.

"Tal vez."

Roxanne suspiró. "Al menos podrías avisarnos cuando vayas a desaparecer. Algunos de nosotros tenemos planes que dependen de ti."

"Otros sólo querían un poco de tu atención", añadió Ada, mirando a Katharina con picardía.

Katharina puso los ojos en blanco pero no respondió.

Virgilio caminó alrededor de la mesa, pasando entre ellos con la ligereza de un depredador satisfecho. Su presencia era asfixiante, magnética—incluso cuando actuaba con ligereza, era imposible ignorarlo.

"Estoy aquí ahora. Y tienes mi atención," dijo. "Veamos qué querías realmente... o si simplemente te estabas divirtiendo."